

LEDAIM.—¡Pero sí; pero sí!

LA DAMA.—¡Sin un afecto!

LEDAIM.—¿Y el mío?

LA DAMA.—(*Dejándose caer sobre las rodillas de Ledaim*). ¡Soy casada!

LEDAIM.—No importa. No se ocupe de ese detalle. (*Los sollozos redoblan. Poco a poco se abandona a los brazos que la oprimen, e inclinando su cabeza sobre el hombro del adorador, la mueve repetidas veces, queriendo significar que "sí, que ese detalle tiene su importancia, a pesar de todo". Sus palabras no se oyen, mezcladas entre ardientes sollozos*).

LA DAMA.—¡La vida es necia y cruel!

LEDAIM.—Abominable; es verdad; pero no hay motivo para que usted se aflija tanto! ¡Voy a conmovirme yo también!

LA DAMA.—¡Qué bueno es usted!

LEDAIM.—(*Modesto*). No soy malo, ¿cierto? Vamos, hable usted. ¿Es desgraciada, Hein? (*Enérgica mímica de la otra*). Un marido que no la comprende, pobre pequeño corazón mal conocido? ¿Un oso para quien usted nada significa?... ¿qué no ha sido nada para usted? En fin; es necesario resignarse; cada cual tiene sus pequeñas miserias, y puesto que le juro a usted que la amo. (*Trata de besarla, pero se lo impide el enorme sombrero; después de nuevas tentativas desesperadas, se enaspera, rabioso y cortés*). ¿No le sería molesto sacarse el sombrero?

LA DAMA.—(*Con mimos*). ¿Exigente ya?

LEDAIM.—¡No, por Dios! Pero su sombrero es insoportable. Me he estropeado la nariz en sus bordes como en un rayador!

LA DAMA.—¿Es necesario obedecerle?

LEDAIM.—(*Muy tierno*). ¡Sí!

LA DAMA.—Obedecer... ¿en todo?

LEDAIM.—(*Con voz suspirante*). ¡Sí!

LA DAMA.—¡Tirano! (*Adelanta sus labios. Beso interminable*).

LA DAMA.—*Bruscamente*. Un instante, espéreme usted.

ESCENA SEGUNDA

Ledaim, solo.

Pequeña pantomima

El señor Ledaim, solo, se saca los guantes, dedo por dedo, mientras la orquesta ejecuta "La victoria es nuestra". Con los pulgares en el chaleco pasea o lo largo del escenario su sonrisa de pillete afortunado al que ningún corazón resiste; la orquesta toca "Toutes les femmes sont a nous" y "La chanson de Fortunio". Sin embargo, la dama se hace esperar. Ledaim consulta el reloj. ¡Las seis! Ledaim se impacienta. De golpe le asalta una idea: en puntas de pie corre hasta una puerta y mira por el ojo de la llave, en actitud de tomar... el aperitivo. La orquesta da una idea, tocando el célebre motivo de "Miss Hel-yett", luego un aire de café-concierto: "Adele, t'est belle" Ledaim comunicó su entusiasmo por una mímica viva y animada que interrumpe como por encanto un "Hum" discreto de un caballero llegado ya desde hace un minuto y que observa sonriendo.

ESCENA TERCERA

Ledaim, un señor.

EL SEÑOR.—(*Saludando*). ¡Señor!...

LEDAIM.—(*Aparte*). ¿De dónde saldrá éste?

EL SEÑOR.—No se moleste usted. Soy de la casa. (*Deja su paraguas*).